

género humano para reinar sobre todos los hombres, ora sean judíos, ora cristianos ó paganos. ¿Quién osará desconocerlo, siendo más evidente y claro que la luz de mediodía? «Vosotros sois, escribía el Apóstol San Pedro á los gentiles nuevamente convertidos, una nación santa, un pueblo de adquisición, elegido para pregonar el poderío de aquel que de las tinieblas os llamó á su admirable luz. Antes de ahora no formabais parte del pueblo de Dios; ahora, sí, sois ese mismo pueblo; y los que antes no habíais conseguido misericordia, la habéis conseguido ahora por Jesucristo¹. . . . No con oro ni plata, tesoros corruptibles, sino con la sangre preciosa del Cordero inmaculado, Cristo, habéis sido rescatados de la vana conversación que os enseñaron vuestros padres.»² Y ¿no somos todos los humanos quienes formamos ese pueblo de esclavos redimidos? Todos, pues, estamos en el deber de reconocerlo y jurarlo por nuestro Rey, de obedecerle y amarle sin medida. Él debe reinar en todas las potencias de nuestra alma: en nuestra inteligencia, por la fe incondicional prestada á su palabra; en nuestro corazón, por un amor sin límites al que es fuente de vida y hermosura; en nuestra voluntad, por una sumisión entera á sus preceptos, por una consagración total á su servicio.

Á todo ello nos obliga la ley de gratitud, y aun el deber de mirar por nuestro propio interés, si acertamos á comprenderlo bien. En efecto, desdeñando el derecho de la fuerza, Jesús quiere reinar en nuestro corazón por el amor. Y ¿no ha hecho lo bastante, hermanos míos, para conseguirlo? ¿no nos ha amado con caridad infinita y eterna? Y, al revelarnos los tesoros de su cora-

¹ 1 Petr. 2, 9. 10. ² Ibid. 1, 18. 19.

zón, tesoros de misericordia y ternura inagotables, ¿no habrá dado el golpe de gracia con que se rinda la dureza de los nuestros? Mirad cómo nos pide, que hasta ese extremo lleva su amorosa condescendencia; mirad cómo mendiga de nosotros lo que por mil títulos tiene derecho de exigirnos, el amor de nuestro corazón: *Præbe, fili mi, cor tuum mihi*¹. ¡Prodigio de bondad! ¿Por qué empeñarse así nuestro adorado Señor en que le amemos? ¡Ah! sin duda porque el reinado del amor es el más bello, el más glorioso y perfecto, y, por lo tanto, el más digno de un Dios que se propuso reinar desde el trono sangriento de la Cruz². Así es cómo reina sobre todos los ángeles y bienaventurados en aquel reino eterno de los cielos donde todos reinan con mayor grandeza y esplendor que los monarcas de la tierra. Oid cómo aclaman la gloria del Cordero: *Hicístenos reino para nuestro Dios, y reinaremos sobre la tierra*³. Y pagar este tributo á nuestro Redentor, ¿no es ya disfrutar de un cielo anticipado? Por el contrario, ¿qué es la vida presente sin el amor de Jesucristo, sino un reflejo del infierno? *Anatema*, dice el Apóstol, *á quien no ame á nuestro Señor Jesucristo*⁴. ¡Desventurado el que sacuda su amoroso yugo! Infaliblemente habrá de doblar la cerviz bajo otro yugo, duro, férreo, abominable, el del pecado. La pasión le hará su esclavo: Satanás le hollará la frente con su inmunda planta. No queda medio, hermanos míos, supuesto que, como ha dicho la Verdad, nadie puede servir á dos señores⁵: reconocer de grado la soberanía de Cristo, ó gemir

¹ Prov. 23, 26.

² Regnavit a ligno Deus (Himno de la Iglesia).

³ Apoc. 5, 10. ⁴ 1 Cor. 16, 22. ⁵ Matth. 6, 24.

en las cadenas del más cruel y vergonzoso cautiverio. Escoged. Mas esta idea nos lleva por la mano á ponderar las ventajas que habrá de producir en todo orden de cosas la consagración que felizmente vamos á hacer esta tarde.

II.

7. Poned otra vez oído atento á la voz que descende hasta nosotros desde las alturas de la Cátedra de Pedro. «La dedicación que á todos aconsejamos, dice el augusto Pontífice, será á todos provechosa; á los que tienen el conocimiento y amor de Jesucristo, porque fácilmente sentirán que su fe y su amor se aumentan. . . .» He aquí, piadosas señoras de la Congregación del sagrado Corazón de Jesús, los felices resultados que para vosotras augura el Vicario de Cristo. Porque ¿quiénes con mayor derecho pueden reputarse por hijos de Nuestro Señor, enriquecidos con los tesoros del conocimiento y del amor á Jesucristo? Á vosotras, pues, corresponde la mejor y más preciosa parte de los frutos, para todos abundantes y exquisitos, de la consagración al Corazón divino, supuesto que vosotras, como mejor dispuestas en fuerza de vuestras habituales prácticas, necesariamente habéis de sentirnos más capaces de experimentar la eficacia sobrenatural de este grande acto de fe y caridad. ¡Oh! y ¡qué mayores bienes, en el orden de los espirituales y eternos, que el acrecentamiento de estas dos virtudes, la fe y el amor á Cristo Dios! ¿No son éstos los dones que con más empeño reclama la Iglesia, cuando ruega al Señor diciendo: *Da nobis fidei, spei et caritatis augmentum*¹? Esto mismo pedían los Apóstoles á Nuestro Señor con vivas instancias, rogándole que aumen-

¹ Domin. XIII post Pentec.

tara en sus almas la fe¹. Razón tenían; pues, como les enseñó en esa misma ocasión el divino Maestro, quien tuviese fe como un grano de mostaza, sería capaz de arrancar con una palabra un árbol de raíz, y trasplantarlo al mar. ¡Maravillosa energía de la fe! Y ¿qué decir de la caridad? No son éstos los medios principales de santificación y salvación, fin supremo á que aspiran las almas consagradas al servicio del Corazón de Jesús? Y ¿no son éstos mismos los más eficaces instrumentos para promover sobre la tierra la gloria de Dios y el bien de las almas, objeto primordial de vuestra Congregación, ya que el apostolado de la oración y la acción ha sido desde el principio el espíritu que la ha informado, el cual conviene á todo trance renovar y retemplar en la fragua del divino amor? «Así como nuestro divino Salvador, nos dice nuestro Ilustrísimo Prelado, nos dió á conocer su amor hacia los hombres dando su vida por ellos, así nosotros debemos estar prontos á dar la vida por la salvación de nuestros hermanos; y no hemos de amar á Dios y al prójimo solamente de palabras y con la lengua, sino con obras y con toda verdad². No se os pide poca cosa al exigiros que estéis prontas á todo linaje de sacrificios por la salud eterna de vuestros semejantes; mas en esto tampoco se exige de los miembros de la Congregación nada que no esté de acuerdo con su noble y levantado espíritu. Por lo demás, el amado discípulo reclama de todos los fieles como un deber cristiano, la inmólación de la vida por sus hermanos³. ¡Oh! ¡pluguiese á Dios que ese heroico espíritu apostólico se renovase el día de hoy en el seno de esta piadosa Congregación, de manera que

¹ Luc. 17, 5.

² Pastoral cit.

³ 1 Io. 3, 16.

inflamase en nuevos celestiales ardores á todas y cada una de las socias que la componen! ¡Cómo se las vería en lo sucesivo, aun más que se vió en lo pasado, consagrar sus fuerzas, su actividad, su vida entera, si necesario fuese, á dar gloria á Jesucristo con obras de celo, con trabajos incesantes por atraer las almas al conocimiento y al amor de Dios, á fin de arrancarlas de la esclavitud del pecado, y mantenerlas en los senderos de la virtud!¹

8. Con esto no podía menos de recibir notable incremento el prestigio de la respetable institución, en cuyas filas acudirían á alistarse cada día nuevas socias. ¡Oh! y ¡cuánto bien no puede y debe prometerse de tan útil y benemérita asociación la cristiana sociedad en que vivimos! Compuesta en su mayor parte, de matronas distinguidas por su posición social, presidida por el mismo Prelado metropolitano y sus dignos substitutos, ¡cuánto no deberá contribuir al bienestar moral de la familia, al bien de la clase dedicada al servicio doméstico, al alivio de la indigente é ignorante, y aun al progreso de la sociedad en general! Bien lo ha demostrado hasta aquí la experiencia. Y no podía dejar de ser así, siendo cosa averiguada y notoria, que la mujer cristiana formada por el modelo de la Mujer por excelencia, esto es, según el Corazón de Dios, ha sido siempre y es, en todas partes, poderoso y adecuado instrumento del bien, utilísimo y eficaz auxiliar de la Iglesia en la obra magna de promover y dilatar el reinado universal de Jesucristo sobre las almas. ¡Cuánto, pues, no debe interesar á toda suerte de personas, el sostenimiento y floreciente estado de una institución que

¹ Pastoral cit.

á todos aprovecha, como lo es la Congregación del sagrado Corazón de Jesús en Bogotá! Revestida de nuevo vigor con el solemne acto que vamos á practicar esta tarde, podemos prometernos que producirá nuevos frutos en lo venidero, realizando obras aun mayores que las que tuvo la gloria de llevar á cabo en lo pasado.

9. Resultará de aquí — razón tenemos de esperarlo con el Sumo Pontífice y nuestro ilustre Prelado — que, unidas á la gran masa de oraciones de todo el pueblo cristiano las fervorosas plegarias y votos de esta pía Congregación, se vea renovado en toda la grey de Jesucristo, y particularmente en esta querida porción de su rebaño, aquel espíritu religioso, elemento esencial y base de toda verdadera prosperidad pública y privada, y, por eso mismo, cimiento de toda esperanza de felicidad para la Iglesia y la Patria. Veránse entonces reformadas las costumbres, frecuentados los Sacramentos, acrecentado el culto del sagrado Corazón en la divina Eucaristía, sometidas de lleno todas las inteligencias y los corazones á las enseñanzas y preceptos de la santa Iglesia, y descubierto finalmente el anhelado remedio de todos esos males que tan duramente nos afligen. Aun más nos prometemos, porque aquella clase de hombres, tan numerosa por desgracia, que, conociendo á Jesucristo, menosprecian sus leyes, podrá sacar del sagrado Corazón el fervor de la caridad; y aun aquellos otros, por todo extremo desdichados, que gimen en ciega superstición, podrán alcanzar, merced á las súplicas de la Iglesia entera, auxilios sobrenaturales con que, entrando en el redil de Cristo, puedan tender seguramente á la eterna felicidad del cielo¹. Tantos y tan grandes bienes

¹ Ex Litteris supra cit.

no pueden ser mirados con indiferencia por ningún verdadero cristiano y menos aún por quienes, como los miembros de la Congregación, ven como suyos propios los intereses del sagrado Corazón de Jesús, y se esfuerzan de todos modos posibles á promoverlos y adelantarlos.

10. ¡Qué diré, en fin, de los males y calamidades sin cuento que afligen á esta hoy por hoy infortunada nación! Tales son ellos que, al decir de nuestro Pastor, tienen sumidos á todos en la amargura y el dolor¹. Y ¿cómo impetrar su remedio sino por la oración y el sacrificio? Aquel divino Corazón llagado por nuestras culpas, no podrá menos de compadecerse de nuestras desgracias, y Él que da la llaga, como dice Job, sabrá dar también la medicina². Pero, si esto basta para lo pasado, no así para lo porvenir: es preciso, amados fieles, trabajar seriamente por extirpar, hasta donde fuere posible, las raíces de esos mismos males, causa del azote con que nos ha herido y todavía nos hiere la mano del Señor. Bien se ve que no son otras que los pecados, mayormente los públicos y escandalosos, y las malas y perversas doctrinas, en una palabra, el habernos apartado de Jesucristo, Verdad suprema y sumo Bien, dando lugar al desenfreno de las pasiones, estimuladas por falsas ideas de libertad, nada conformes con la ley de Dios y la doctrina de la Iglesia. De aquí la indiferencia práctica, ya que no sea el indiferentismo sistemático, de una parte considerable de la sociedad para los ejercicios de la religión; de aquí el que, ale-

¹ Pastoral cit. — Alude principalmente á la guerra civil que desgarró á la República.

² Job 5, 8.

jados de las fuentes santificadoras de los Sacramentos, ardan tantos corazones en el fuego de la vil codicia de bienes temporales, de la ambición de los altos puestos, del apetito de materiales goces; y, como natural consecuencia, de aquí las contiendas civiles, el furor bélico, los rencores entre hermanos, el desgarramiento del seno de la patria. «¿De dónde las guerras y lides entre vosotros? pregunta el Apóstol Santiago; ¿por ventura no es de vuestras concupiscencias, de las pasiones que militan dentro de vosotros mismos?»¹ Aunque, felizmente, Colombia no se encuentre el día de hoy en la triste condición de gobierno en que desgraciadamente se hallan casi todas las naciones de entrambos continentes, antes bien haya dado y esté dando el valeroso ejemplo de reconocer y respetar á Jesucristo y á su Iglesia por medio de solemnes actos oficiales (que ¡ojalá imitasen todas nuestras católicas repúblicas!), bueno es, sin embargo, como el Prelado nos lo aconseja, meditar atentamente en los graves conceptos que expone el supremo Pastor como motivos de la consagración de todo el género humano al sacratísimo Corazón de Jesús. Con ellos, mejor que con ningún epílogo, pondremos fin á este discurso.

«En estos últimos tiempos, dice León XIII, se ha trabajado con el mayor empeño en levantar como un muro entre la Iglesia y la vida civil. En la constitución y administración de los Estados para nada se tiene en cuenta la autoridad del derecho sagrado y divino, con el fin de que la religión no ejerza influjo alguno en el andar de la vida social, lo que viene á reducirse á quitar de en medio la fe cristiana y, si posible fuera,

¹ Iac. 4, 1.

desterrar del mundo al mismo Dios... Echada á un lado la religión, preciso es que se derrumben los más firmes cimientos de la seguridad pública. Y Dios, en justo y merecido castigo de los prevaricadores, los ha entregado á su propio capricho, á fin de que, esclavos de sus concupiscencias, se destruyan á sí mismos con los excesos de la libertad. De aquí, ese cúmulo de males que tanto tiempo hace prevalecen y están reclamando con vehemencia que se busque el remedio en el único que tiene virtud para curarlo.»¹

Y, puesto que también entre nosotros abundan los espíritus débiles que presumen de fuertes, y hay muchos corazones enfermos, por más que las instituciones políticas que nos rigen sean sanas, busquemos hoy el remedio en la Piscina universal del Corazón de Jesucristo, consagrándonos solemnemente á su amor y á su gloria, jurándole obediencia incondicional y fidelidad inviolable. *Ensalzad al Señor, y acordaos que su nombre está por encima de todos los nombres*². Á la consagración seguirá la entusiasta acción de gracias, prenda cierta de nuevos é inestimables favores que el Corazón divino se dignará dispensar, como á pueblo de predilección, á su favorecida Colombia. Así sea.

¹ Encíclica cit.² Is. 12, 4.

SERMÓN SEGUNDO PARA LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(celebrada por el Apostolado de la Oración, en la iglesia de San Ignacio de Bogotá á 24 de junio de 1900).

Gloria del Corazón de Jesús.

Nos vero omnes, revelata facie gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur.

Nosotros, contemplando á cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen.

2 Cor. 3, 18.

1. ¡Qué gloria, hermanos míos, para el sagrado Corazón de Jesús el ver agrupados ante su dulce imagen centenares y millares de fieles, palpitantes de amor, los corazones henchidos de celestial júbilo y anhelantes por ver llegar la hora de consagrarse á Él públicamente, haciendo eco á la voz del gran Pontífice, contestada por el clamor unísono de todo el género humano! Grande es, ciertamente, el honor que de aquí redunda á Jesucristo, como quiera que así se cumple el decreto del Eterno Padre, promulgado por el Apóstol, *que toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre*¹. Pero todavía es mayor, si cabe, la gloria que expresan las palabras del mismo Apóstol que he citado arriba; porque ¿cuál otra puede compararse con la de ser espejo clarísimo de la Divinidad, donde puedan nuestros ojos contemplar sin velos y en toda su luz la gloria misma del Criador? Pues tal es la del sagrado Corazón de Jesús: *Revelata facie gloriam Domini speculantes*. Moisés, el gran legislador de Israel, tuvo ciertamente la gloria sobrehumana de llevar en su rostro, al bajar del Sinaí, un reflejo de la claridad de Dios, por

¹ Phil. 2, 11.